

INSTRUCCION VIGESIMOSEGUNDA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION SEXTA.

PLENITUD DE LA GRACIA CONCEDIDA A LA SANTISIMA VIRGEN.

TEXTO. — *Ave, gratia plena, Dominus tecum...* Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos míos, el nombre más suave, después del del Salvador de los hombres, es incontestablemente el nombre de la Reina de las vírgenes. Al presentarse delante de ella, el celestial embajador, no se lo dió enseguida; lo pronunció únicamente cuando quiso desvanecer las inquietudes de la más casta y modesta de todas las criaturas. « *Ne timeas, Maria*: no temas, la dijo, oh María. » Pero, como acertadamente hace observar un célebre doctor: « Si en la Salutación angélica no hubiese sido puesto el nombre de María por san Gabriel, en ella fué agregado por la devoción de los fieles, bajo la inspiración del Espíritu Santo (1). »

Os diré de paso, hermanos míos muy amados, que tengais frecuentemente en los labios y con mucha mayor frecuencia en el corazón este nombre tan digno de amor y de respeto. San Anselmo afirma que muchas personas, á quienes él ha visto y oído, se han visto súbitamente libertadas de sus peligros, después de haber pronunciado el nombre de María (2).

« Virgen poderosa, dice san Germán, vos garantizais á vuestros servidores de los asaltos del enemigo, con la sola invocación de vuestro nombre (3). »

(1) S. Buenav., *In spec. Virg.*(2) *De excell. Virg.*, cap. VI.(3) *Serm. de zona V. M.*

« ¡Cómo tiemblan los demonios en cuanto la oyen, esclama san Bernardo (1) !. »

Y san Buenaventura añade: « ¡Cuán admirable, oh María, es vuestro nombre! Los que se acuerdan de proferirlo, en la hora de la muerte, nada tienen que temer, aun cuando tuviesen el infierno entero contra ellos; porque los espíritus malignos se apartan de un alma, en cuanto oyen pronunciar el nombre de María... Menos temen los pueblos enemigos á un ejército numeroso, de lo que temen las potestades infernales el nombre de María... Cual se derrite la cera ante el fuego, así mismo pierden su fuerza los demonios contra las personas que recuerdan frecuentemente y piadosamente invocan el nombre de María (2). »

¡ Ah, es que es llena de gracia, y el Señor es con ella !

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Consideraremos esta plenitud y esta unión.

INVOCACIÓN. — ¡ Dignáos, oh privilegiada del Señor, hacer fructuosa nuestra meditación ! — *Ave Maria...*

Primera parte. — Carísimos hermanos, dad libre curso á vuestra imaginación; reunid, en espíritu, todas las riquezas del globo y de mil mundos; añadid millares de doblones ú onzas de oro á otros millares; multiplicadlos, con el pensamiento, tanto como querais: todos estos tesoros, por inmensos que sean, nada son comparados con la gracia santificante. Entre ésta y aquellos, hay toda la distancia del cielo á la tierra. Sed más pobres que Lázaro, pero no ceséis de existir en la gracia del Señor, y subireis á una opulencia, al lado de la cual toda la fortuna de este suelo no es más que una extremada indigencia. Sed ricos como Crespo, pero exhalad el último aliento en pecado mortal, y sufriréis tormentos de que ni los más atroces suplicios de los mártires os darán ni la más mínima idea.

Si por un lado la gracia nos salva de un eterno diluvio de miserias, y si por el otro nos abisma en un mar infinito de delicias, ¿no tiene un valor inconcebible, y puede haber algo más precioso en este valle de lágrimas?... Según el doctor angélico, la gracia es una participación de

(1) *Serm. sup. missus est.*(2) S. Bonav., *in Psall. B. V. M.*

la naturaleza divina, un presente que el Altísimo hace al alma, y con el que la embellece hasta el punto de que se la tomaría por Dios mismo, si se la pudiese contemplar en toda su magnificencia.

La gracia nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y herederos del cielo.

La gracia, si así puedo explicarme, pinta la aureola de los mártires, dibuja el nimbo de los confesores y trenza la corona de las vírgenes.

La gracia hace del hombre un ángel sobre esta tierra de iniquidad, esperando á que vuele con él á la mansión de la santidad.

Entre nosotros y la patria celestial hay el océano del mundo, y la gracia es el arroyo que á ella nos transporta.

El Señor es el bien supremo, y es la gracia que de él nos pone en posesión.

Proclamar á la Virgen de Nazareth llena de gracia es pues pintar, de un rasgo, la transcendental sublimidad de sus virtudes, la incomprendible supereminencia de sus perfecciones, la inexplicable belleza de su alma, la infinita grandeza de su felicidad; privilegios que la Escritura, los Padres, la Iglesia y la razón se complacen en reconocer en María.

« Ella es resplandeciente... y su belleza no se marchita, dice el Sábio... Ella no puede sufrir ni la menor impureza, porque es el destello de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios... Ella es la Madre del amor puro... En ella reside toda la gracia de la verdad... toda la esperanza de la virtud (1). »

« Los otros, dice san Jerónimo, obtienen la gracia parcialmente; María recibió su plenitud (2). »

« Concebid lo que es el Hijo de Dios, observa san Gregorio, y sabreis lo que es su Madre; la excelencia del uno os hará comprender la excelencia de la otra (3). »

« La imágen más perfecta de Dios, añade san Antonino, es María; Dios mismo se complació en pintarla con un arte supremo (4). »

(1) *Proverb. III — Sap. VII. — Ecles. XXIV passim.*

(2) *Serm. de Assump.*

(3) *In libro I Reg.*

(4) *In Psalm. XLIV.*

« María, declara santo Tomás, recibió una abundancia tal de gracias, que se aproximó muy de cerca al autor mismo de la gracia; de esta suerte fué digna de recibir á Aquel que está lleno de todas las gracias y mereció obtener su plenitud haciéndose Madre suya (1). »

Tal es también el modo de sentir de la Iglesia infalible. Ella proclama á la santísima Virgen preservada no solamente de la mancha original, si que también exenta de toda falta personal hasta de la más leve, desde su natividad hasta su muerte. Si la Reina de los cielos no estuviese toda embalsamada de inocencia, arrobadora toda de santidad, colmada toda de prerrogativas, la Iglesia católica no la dispensaría este elogio: « Sois toda bella, oh María: ni una mancha hay en vos. » No la dirigiera millones de veces en un día, por medio de los sacerdotes y de los fieles esta oración tan dulce y tan consoladora: « Dios te salve, María, llena de gracia. » Preciso es por consiguiente que de ella haya estado llena la divina Madre, hasta un grado supremo, porque de otro modo Gabriel, habría dicho una mentira y la Iglesia cometería creyéndolo un error. Pero ¡mentir el embajador del Soberano de los cielos y equivocarse en la fé la columna de la verdad!... Es cosa absolutamente imposible.

Además, como nos lo enseña el buen sentido, para que Dios no hubiese otorgado á María la plenitud de la gracia, hubiera sido ó porque no habría podido ó porque no habría querido. ¿ Que no habría podido! ¿ quién osará pretenderlo? La gracia ¿ no es un don del Señor, y no es libre de disponer de ella como mejor le place?... ¿ Que no lo habría querido! ¿ quién se aventuraría á afirmarlo? ¿ Cómo! Dios, tan admirable en los santos, ¿ no se habría mostrado mucho más liberal para con Aquella que no solamente es la Reina de los escojidos y de los ángeles, sino además la Madre de su único Hijo? ¿ Oh! siendo la gracia el adorno más magnífico del alma, ¿ no es preciso admitir que el Altísimo la dió con tal abundancia á la santísima Virgen que, apesar de su omnipotencia, no habría podido otorgarla más?

Con justo título pues y con gran satisfacción, oh María, os repetimos: « Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo... »

Segunda parte. — Dominus tecum; sí, hermanos míos muy ama-

(1) *Opusc. 8.*

dos, el Señor es con la castísima Virgen y mucho más estrechamente que con cualquier otra criatura, por virtuosa que pueda ser. Se dice que Dios está en una persona, cuando ésta está en su amistad, cuando recibe su luz, cuando obtiene su asistencia, cuando goza de su protección, cuando gusta sus favores. Así estuvo el Altísimo con Abrahán, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, Gedéon, Samuel, David, Tobías, Judith, Esther, Isabel, Juan Bautista y otros ilustres personajes del Antiguo Testamento, como también del Nuevo. Sí, hermanos míos, el Señor está con todos aquellos que no tienen pecado mortal en su conciencia; les ama hasta el punto de fijar su morada en su corazón, dice el Evangelista, *mansionem apud eum faciemus*. Pero esta unión de las almas inocentes con Dios, por estrecha que se la suponga, da una idea muy débil de la unión que existe entre el Señor y María: es tal ésta, hermanos míos, que no puede ser más íntima.

El Soberano Señor de todas las cosas fué con la más excelsa de todas las criaturas como la fuente es con el arroyo; el árbol con el fruto; el sol con el rayo de luz; el tallo con la flor; la rosa con el perfume; el alma con el cuerpo. Aquel á quien la tierra y el cielo no pueden contener, se dignó residir en el seno de María como en un santuario, y allí fué donde tomó la forma humana.

Pero, después de su nacimiento, ¿ cesó el Señor de estar con la Virgen Inmaculada? Nó, hermanos míos muy amados; estuvo siempre con ella por la docilidad más filial, por la más generosa benevolencia, por la protección más poderosa, por la ternura más suave. Estuvo continuamente con su espíritu para elevar sus pensamientos al cielo; con su memoria, para aplicar sus recuerdos á las gracias recibidas; con su corazón para excitar su reconocimiento hácia el Altísimo; con su alma, para dirigir sus aspiraciones hácia el lado de la eternidad; con su voluntad, para conformar sus actos á la ley de Dios.

Para decir todo lo concerniente á la unión de María con el Señor, basta mencionar estas palabras de uno de los más virtuosos y sábios teólogos de la santa Iglesia, san Alberto el Grande: « La santísima Virgen, afirma, no podía estar más unida á Dios, á menos de convertirse ella misma en Dios (1). »

(1) *In tract. de laud. V. M.*

Pasemos, hermanos míos, á las aplicaciones.

Os he dicho, al empezar, que la gracia es infinitamente preciosa, y la amistad del Eterno, soberanamente deseable. Pues bien, hermanos míos muy amados, ¿ qué aprecio hacemos nosotros de esta gracia? ¿ Y qué caso hacemos de esta amistad? ¿ Cuántos cristianos desprecian el don de Dios! Los unos nada hacen para conservarlo, y los otros nada para recobrarlo. Si tuviesen un tesoro, emplearían todos los medios imaginables para ponerlo al abrigo de la rapacidad de los ladrones, y si los ladrones llegasen á poner en él sus garras, los propietarios, al objeto de volver á entrar en posesión de su hacienda, se entregarían á las más minuciosas investigaciones; se valdrían de la publicidad en los periódicos, harían funcionar el telégrafo en todas direcciones, pondrían en movimiento á toda la policía. ¿ Y no se toman ni la más insignificante molestia para conservar ó recobrar la gracia santificante, en comparación de la cual, lo repito, todos los diamantes del universo son granos de arena!

Tal es la opinión de todos los servidores de Dios, especialmente de san Bernardo. Una mujer de mala vida se había deslizado por la noche en su habitación para corromperle. Al notarlo se puso él á gritar: « ¡ Ladrones! ¡ socorro! » Y la seductora huyó. Los que habían acudido, como no encontrasen á nadie, reprocharon al santo por haberles despertado inútilmente. « No ha sido inútil, les contestó, el haber pedido asistencia, porque me iban á robar mi único tesoro, á saber, la gracia divina. »

¿ Cosa inconcebible! Hay muchos que suspiran, se lamentan y lloran cuando pierden una peseta, un pollo ó un perro; pero cuando pierden la gracia no se preocupan. Nunca excitaria bastante la risa el insensato que llorase la pérdida de un céntimo y nó la de un duro. Pues ésta es, hermanos míos, la insensatez de la personas indiferentes respecto á la pérdida ó recobro de la gracia.

No hace mucho que un almirante, á quien os podría nombrar (1), prometía mil francos á la persona que le trajese su perro que se le había extraviado en París. ¿ Y tantos cristianos como hay que no quieren ni

(1) Pothvau-Pélerin, 15 nov. 1879, pà . 726.

siquiera prometer decir un *Ave Maria* para conservar ó recobrar la gracia santificante, por mediación de la Virgen llena de gracia! ¡ Oh, qué frialdad! ¡ qué ceguedad! ¡ qué dureza! No quieren estar con Vos en el tiempo, Señor; ¿ cómo podreis estar Vos con ellos en la eternidad? Nó, Dios de justicia, no estarán con Vos en el cielo, los que en la tierra estuvieron con el demonio.

PERORACIÓN. — Ved ahí, hermanos míos, un pasaje de la vida de santa Isabel: « Cierta noche, mientras rezaba la Salutación angélica, Aquella á quien dirigía esta bendita plegaria la dijo entre otras cosas:

— « Quiero enseñarte todas las oraciones que hacía yo cuando estaba en el templo... Pedía sobre todo á Dios amarle á él y odiar á mi enemigo. No hay virtud sin este amor absoluto de Dios, por cuyo medio descende al alma la plenitud de la gracia; pero, después de haber descendido, no se queda en ella y se desliza como el agua, á no ser que el alma odie á sus enemigos, esto es los pecados y los vicios. Aquel pues que sabe conservar bien la gracia de lo Alto, ha de saber coordinar este amor y este odio en su corazón. Quiero que hagas todo lo que hacía yo; me levantaba cada media noche é iba á postrarme delante del altar, donde pedía á Dios observar todos los preceptos de su ley, y le suplicaba me concediese la gracia que para serle agradable necesitaba. »

— ¡ Oh dulcísima Señora! interrumpióla Isabel, ¿ no estabais ya llena de gracia y de virtudes?

— « Ten por seguro, contestó la santa Virgen, que yo me creía tan culpable y tan miserable como tú te crees á tí misma; por esto pedía á Dios que me concediese su gracia (1)... »

¡ Oh, cristianos! Tened una humildad semejante, y haced esta misma petición; y María, por un efecto de su poder, os alcanzará la gracia de vivir bien en este mundo, á fin de que el Señor esté con vosotros en el otro. Así sea.

(1) *Grande Vie des Saints*, por Collin de Plancy, t. XXII, pág. 138, edición Vivès.

INSTRUCCION VIGESIMOTERCERA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION SEPTIMA.

BENDICIONES DE MARIA.

TEXTO. — *Benedicta tu in mulieribus...* Bendita tú eres entre todas las mujeres.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, si, cual debería ser,uviésemos un corazón que se abrasase de amor por la santísima Virgen, no nos cansaríamos jamás de oír celebrar sus alabanzas. Aun cuando fuese menester franquear una larga distancia para ir á un santuario donde se supiese que el ministro de la palabra divina ha de predicar las grandezas de la Soberana del cielo, se dejarían las ocupaciones que no fuesen absolutamente apremiantes, y se tomaría, á toda prisa, el camino del sitio designado. Como no está muy distante la casa de Dios, y sin embargo son pocos los que asisten al sermón en que el predicador pone de relieve las glorias de la Madre de Dios y de los hombres, ¿ sería temeridad pensar que muchos de sus hijos sólo sienten por ella indiferencia ó frialdad? Procurad ponerlos al abrigo de este reproche, hermanos míos muy amados.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Mi objeto en la presente instrucción es conducirlos, en espíritu, hasta la orilla del océano de las bendiciones de María, para hacérselas contemplar con una admiración mezclada de ternura. Bendita es ella entre todas las mujeres, porque ella sola tuvo la ventaja de librarse de la maldición del pecado original, porque sólo ella tuvo el secreto de sacar de la gracia una infinidad de méritos, porque ella sola tuvo el honor de que se la eligiera para ser la Madre de Dios.